

La Realidad

Crónicas canallas

Robert Juan-Cantavella

«Toca en algunos momentos
las cimas de la literatura
satírica.»

Ricardo Senabre, *El Cultural*

«Emplea las referencias
universales de la cultura
de masas para forzarlas
a decir el mundo de
manera distinta.»

Nils C. Ahl, *Le Monde*

SHOORCH
NOEAAA PLAK
AAHMMMM



INCLUYE E-BOOK

LA REALIDAD

Colección LO REAL
dirigida por Jorge Carrión

ROBERT JUAN-CANTAVELLA

LA REALIDAD

CRÓNICAS CANALLAS

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

NOTA PRELIMINAR

Las doce historias que aquí se recogen son mi versión de una serie de hechos a los que de un modo u otro asistí en directo, que de un modo u otro cubrí para distintos medios. Crónicas, ensayos breves y entrevistas. Son, eso sí, de muy diverso pelaje.

Unas veces, están escritas con mucho cuidado de no alejarme lo más mínimo de lo que estaba sucediendo a mi alrededor, como en la última de las historias, «La Realidad: notas sobre Chiapas escritas a los veinte y pasadas a limpio a los cuarenta», un diario escrito en 1996, al poco tiempo del alzamiento en Chiapas del Ejército Zapatista. Se trata de un texto inédito hasta la fecha en el que me he limitado ahora a contextualizar aquel viaje y a rellenar algunos de los huecos que dejó el tipo que entonces lo escribió: yo hace veinte años.

Otras están escritas justo al revés, tratando de llegar a algo parecido a la verdad a través de una gran mentira, como «Entrevista con Mariano al fondo», la entrevista (inventada) a un presidente del gobierno que se permite el lujo de no someterse a entrevistas (reales) a menos que sea para hablar de fútbol o del tiempo. Apareció en *El Estado Mental* en abril de 2015. Como dirá Javier Krahe en algún momento del libro hablando de otras cuestiones, esta pieza aspira a ser una verdad basada en hechos ficticios.

Otras veces, juego con las herramientas de un formato clásico y divertido que en ocasiones resulta incluso esclarecedor: el *fake*. Como en «Proyecto Boyero», publicado en 2014 en *PlayGround*, que es un intento (fallido) por descifrar un tipo muy concreto de crítica cinematográfica.

Otras, juego por jugar, llevando el formato de entrevista al absurdo, lanzándome al vacío con la vaga esperanza de que semejante

planteamiento desquiciado nos permita acercarnos (por sí solo, aunque no tengo muy claro cómo) a algo así como una imagen profunda del entrevistado y a su forma de afrontar el hecho artístico: ése es el caso de «Óscar Gual y la novela hacker», publicado en 2008 en la web de DVD Ediciones.

Unas veces son historias publicadas con mi nombre y, otras, bajo el seudónimo Trebor Escargot, un proyecto que viene de mi novela *El Dorado* y que juega con el Periodismo Gonzo, que allí, levemente transformado por intromisión de la ficción, se llamó Periodismo Punk.

«Pájaros enfadados: un par de días con Bret Easton Ellis» apareció en 2010 en la revista *Quimera* y cuenta la historia de la última gira española del célebre escritor norteamericano, defendiendo lo que por aquellos días aseguraba iba a ser su última novela.

«La noche de los mequetrefes: pena y asco en la campaña de 2011», publicado en 2011 en *Sigueleyendo*, es un texto a mi pesar lleno de una ácida nostalgia que asoma tras la rabia evidente. Habla, como dice el título, de la campaña electoral española de 2011, el lugar donde la esclerosis del sistema bipartidista llegó a sus máximas cotas de grosería e indigencia.

«*Polis & cacos*» II y III («Bernard Madoff y el Romanticismo español» e «*Inside Job* y *Perros callejeros*»), publicados en 2013 en *PlayGround*, son eso, dos historias de timadores, criminales y descaudados, donde el espíritu y las formas del viejo delincuente abrazan las nuevas posibilidades que ofrece un siglo todavía demasiado joven para saber defenderse de sus viles estrategias. Navajeros compartiendo página con gurús de las finanzas, asaltadores *al tirón* compartiendo estrategia con altos funcionarios gubernamentales y catedráticos universitarios. Cine documental, cine de ficción y relato popular.

«Agur Barricada», publicado en 2013 en la revista *PlayGround*, trata sobre el último concierto de una de las bandas de rock duro más importantes del país, despidiéndose de sus fans, tras más de

treinta años en la carretera, en el que siempre fue su santuario: el Anaitasuna.

«David Foster Wallace en directo», publicado en 2009 en *Quimera*, repasa un par de aspectos de la escritura en campaña electoral de este escritor vinculándolo con uno de los fantasmas que recorre el subsuelo de este libro: Hunter S. Thompson.

«Curtis Garland: una leyenda de la novela popular», publicado también en 2009 en la revista *Quimera*, es una aproximación a la vida y milagros de Juan Gallardo o, más bien, de Curtis Garland, el alias más célebre (aunque no el único) de quien fue uno de los héroes de la novela popular española.

En «Vida y opiniones del caballero Javier Krahe», por último, cuento alguno de mis encuentros con el cantante madrileño y reúnolo, tras su muerte, algunos materiales que publiqué originalmente en las revistas *Lateral*, en 2002, y *Sigueleyendo*, diez años más tarde.

Aquí y allí aparecen algunos artistas invitados. Textos encargados a colegas para llegar donde no me fue posible. Textos tomados de colegas cuando no pude llegar. Hay cosas escritas en serio y otras escritas en broma. Algunas historias están contadas de un modo más clásico, y otras son menos fiables o son fiables de un modo menos evidente. Hay constantes saltos en el tiempo, pues el orden de las piezas no es cronológico.

Este libro no habría sido posible sin las discusiones que lo han precedido con su editor, Jorge Carrión, y también con Mihály Dés, María Angulo y Aina Mercader, que me han ayudado a darle forma. Este libro está dedicado a Curtis Garland y a Javier Krahe, dos de sus protagonistas. Dos artistas a los que sigo admirando profundamente. Dos amigos que ya no están con nosotros.

PÁJAROS ENFADADOS UN PAR DE DÍAS CON BRET EASTON ELLIS

AQUÍ NO SERÁ IGUAL, ¿VERDAD?

El vuelo AFR2000 procedente de París Charles de Gaulle llega a la Terminal 2 antes de lo previsto. Nos lo dice Manuel, el chófer del Mercedes con el que vamos hacia Barajas a toda velocidad a recoger a Bret Easton Ellis. Cuando se trata de una recogida en el aeropuerto siempre llamo por teléfono por si hay alguna incidencia, pero no os preocupéis, que llegamos, asegura sin mover una ceja y con las dos manos al volante. Lo mejor será que dejemos el coche en el *parking express*, hay que pagar un poco más pero está justo al lado de las llegadas y os puedo acompañar a recoger las maletas. Lleva un elegante traje oscuro y un peinado impecable. Los que no debemos preocuparnos somos Eva Cuenca y yo. Fundamentalmente Eva, pues es la responsable de la visita promocional del señor Ellis a Madrid. Ella deberá coordinar sus entrevistas y llevarlo de acá para allá. Yo los acompañaré durante un par de días y escribiré un reportaje que me ha encargado Jaime Rodríguez Z. para la revista *Quimera*. Está publicando una serie de crónicas de este tipo: seguir a alguien y contar lo que sucede. Dice que no hace falta que lo entreviste, que me pegue a él y cuente lo que hace, nada más. ¿De quién se trata?, pregunta Manuel. Un escritor norteamericano, le digo, tiene unos cuantos libros, novelas muy famosas, algunas las han llevado al cine, ¿le sueña *American Psycho*?

Llegamos unos minutos antes de la hora prevista, las 20:20. Hoy es domingo 26 de septiembre y empieza a refrescar. El AVE con el que hemos venido de Barcelona se ha retrasado un poco debido a

no sé qué problemas en la estación. Hemos tenido que esperar unos diez minutos detenidos en la boca de Atocha. Ésos son precisamente los diez minutos que a punto han estado de hacernos falta. Pero ya estamos aquí y Bret Easton Ellis, todavía no. Eva consulta el reloj. Luego mira el panel con la llegada de los vuelos y se asegura de que estamos en la puerta correcta. Junto a nosotros hay una veintena de personas esperando a otros pasajeros. Antes de París, nuestro hombre ya ha pasado por Ámsterdam, y, después de Madrid, le queda Berlín, Fráncfort, Copenhague y Milán. Un mes de gira europea que se suma a las tres semanas en ruta a lo largo de doce ciudades estadounidenses, dos semanas en Inglaterra e Irlanda y otras dos en Australia.

No sé muy bien cómo pero BEE ha salido de algún lugar que no es el lugar por el que debería haber salido y ya está junto a nosotros. Vaqueros pelín desgastados, deportivas Reebok y sudadera negra con capucha que asoma por encima de un tres cuartos también negro. Sin equipaje. Eva hace las presentaciones. BEE dice que sus cosas están dentro. Yo no entiendo por dónde ha salido, ni por qué razón lo ha hecho sin sus maletas, pero Manuel se adelanta y nos dice que esperemos a que salga alguien para que se abran las puertas automáticas y entonces entramos. Que él ya lo ha hecho otras veces y no pasa nada. Que hablará con la Guardia Civil y nos dejarán pasar. Y así es. Recogemos las dos maletas, la bolsa de mano y la del ordenador y Manuel lo mete todo en el maletero del coche. Una vez en marcha, BEE me pregunta qué hice anoche. Yo voy sentado delante, junto a Manuel. Eva empieza a explicarle el plan de trabajo. Pero él la interrumpe diciendo que hará todo lo que le diga: comer, beber, hablar, posar, responder, pero que se lo vaya diciendo cuando llegue el momento, no antes. Estuve viendo la tele, respondo. ¿Qué viste? ¿Por qué lo dices? Simple curiosidad. Una serie. ¿Cuál? *Sherlock*, de la BBC, un Sherlock ambientado en el Londres del siglo XXI, son sólo tres capítulos, noventa minutos cada uno, el año que viene empiezan con la nueva temporada, ¿la cono-

ces? No, me dice, ¿quién hace de Sherlock? Benedict Cumberbatch. Aquí en España no soy muy popular, ¿verdad?



Lo dice porque viene de Francia y, al parecer, se ha dado un baño de masas. Asegura que es el lugar de Europa donde más caso se le hace y donde más vende. Más incluso que en Inglaterra. Cada día un mínimo de quince entrevistas, dice. ¡Mira! Y busca en su iPhone hasta dar con un vídeo. Efectivamente, hay varios centenares de personas llenando las gradas, sentados hasta en las escaleras. Pues así todos los días. Además, esos periodistas franceses, esos hombres franceses me hacían preguntas muy, muy difíciles, me obligaron a replantearme la novela, a pensar una y otra vez lo que era verdad y lo que era mentira, mirándome siempre a los ojos... Nunca había trabajado tan duro como esta vez en Francia. Lo dice con enorme satisfacción y vuelve a guardarse el teléfono. Aquí no será igual, ¿verdad? Pues no tengo ni idea, mañana lo veremos, respondo. ¿Conoces a Ray Loriga? Se lo pregunto porque el martes por la tarde tiene un acto con él, una conversación en la biblioteca Marqués de Valdecilla de la Universidad Complutense, en Noviciado número 3. No conozco a nadie.

NINGUNA OTRA NOVELA

Llegamos al Hotel Villa Magna, en el Paseo de la Castellana número 22. Subimos por una leve rampa. En la puerta, un señor de uniforme con gorra de plato abre la portezuela de atrás. Dos botones se encargan de las maletas. Manuel se despide. Entramos y Eva se encarga

del *check-in*. BEE dice que qué bonito todo: vosotros decidme qué, cuándo, cómo y dónde tengo que hacer lo que tenga que hacer y ya está. Vosotros no, que yo aquí aparte de espiarte a ti no pinto nada, la jefa es ella, le digo señalando a Eva. Aunque en la recepción, hay una cosa por la que sí se interesa, la única: su conexión a Internet. La joven extremadamente educada que hay tras el mostrador empieza a explicarle en inglés cómo funciona la jugada pero él se desentiende y le pide que me lo explique a mí, que él no quiere saber nada, ni de las entrevistas que le esperan mañana ni de esto tampoco. Así que recojo el folio que me facilita la joven extremadamente cortés de detrás del mostrador. Allí viene indicado el usuario (SHS/2586923) y la contraseña (ybcd). Los códigos son válidos durante veinticuatro horas. Mañana le darán los datos nuevos. No hagas un texto amable, me pide a continuación. Cuéntalo todo, lo bueno y lo malo. Y yo pienso que sólo lo acompañaré mientras esté trabajando, durante las entrevistas, comiendo, cenando, conectándose a Internet... Estos escritores *superstar* saben que cuando están a miles de kilómetros de casa todo eso es trabajo. Y éste lleva en el tajo veinticinco años, así que no podré contar nada que él no haya previsto. Nada que no haya hecho ya decenas de veces. Ante decenas de tipos como yo. Supongo que alguien habrá entre los lectores de *Quimera* a quien le interese el día a día promocional de un escritor como BBE. A mí, por lo menos, ahora que estoy en la casilla de salida, sí que me apetece enterarme. Puede ser divertido. Además, por qué negarlo, también lo hago por las cifras astronómicas que como todo el mundo sabe cobramos los colaboradores de esta revista. Pero, volviendo a esos veinticinco años en la carretera, precisamente son los veinticinco años de que da cuenta la novela que lo ha traído a Madrid. En *Suites imperiales*, BEE ha ido a buscar a los personajes de su primera novela, *Menos que cero*, la que lo lanzó al estrellato. Clay, como el resto de personajes de *Menos que cero*, como Blair, como Julian, como Rip, como Trent, como el propio BEE, tiene ahora veinticinco años más. Sus modales se han suavizado. Su

afición a la cocaína se ha aplacado: Ya sé dónde me lleva. Pero su lado oscuro sigue intacto. Ahora trabaja para Hollywood. Ha regresado a Los Ángeles. Anda buscando algo.



BEE se empeña en que lo acompañemos a la habitación. Tienes que contarlo todo, repite. Y yo pienso que claro: eso y conectarte a Internet. Los dos botones van delante con las maletas. Yo detrás con mi camarita de fotos y mi libreta. Una vez dentro de la suite Prestige, uno de los botones le va enseñando cómo funcionan las cosas. Aquí está la tele. ¿Dónde? El botones, con media sonrisa llena de satisfacción, señala a un espejo enorme que hay frente a la cama. Aquí. Éste es el mando. Perfecto. Y BEE se desentiende del resto de explicaciones y va a su mesa de despacho a sacar un Mac, lo enciende y lo conecta sin problema. Míralo todo, me dice, haz fotos. Luego Eva le explica que le esperamos abajo en media hora para ir a cenar con su editor. Llámame por teléfono cuando tenga que bajar, pide él. Y allí lo dejamos. La habitación también le ha parecido perfecta. Lo cierto es que Eva no las tenía todas consigo. Según me cuenta, la última vez que tuvo que acompañarlo en su visita a España para presentar *Lunar Park*, no todo era tan bonito. No todo le parecía tan bien. No estaba tan dispuesto a hacer cualquier cosa en cualquier momento con sólo una llamada desde recepción. Del hotel dijo que era una horterada. Del horario de trabajo, que era excesivo. Todas esas cosas que tanto gustan a las estrellas. Pero ahora está tranquila, se siente aliviada, veremos si todo sigue así, me dice. Igual es por lo de París, ya has visto que viene de morir de éxito.

Salimos a la puerta del hotel a fumar un cigarro. Claudio López de Lamadrid es el director de Random House Mondadori, la editorial que publica el libro. Miguel Aguilar es el editor de Debate. Ambos estarán aquí en media hora para ir a cenar. La noche es serena. Los clientes del hotel llegan con sus coches y le entregan las llaves al aparcacoches. Cuando sale un cliente y le pide un taxi al señor de la gorra de plato, éste toca un silbato e inmediatamente sube por la rampa uno de los que aguardan en la parada justo a la puerta del hotel. Pasan veinte minutos y llegan Claudio y Miguel. Claudio está resfriado, se ha pasado el fin de semana metido en la cama de su hotel tras regresar de Segovia, del Hay Festival. Miguel le entrega las llaves de su coche al señor de la gorra de plato. Eva hace la llamada y BEE baja en un santiamén. Claudio dice que iremos a cenar a un oriental que le gusta mucho, justo al lado del hotel, el Tse Yang.

De entrantes, langostinos y para cenar, un pato. BEE dice que sí, que le parece bien. De aperitivo pide una copa de champán. Luego sale a fumar a la calle. Sobre la mesa hay un cenicero pero él dice que, acostumbrado a Los Ángeles, donde no puedes ni encenderte un cigarrillo en tu propia casa, le da no sé qué fumar en un lugar cerrado y con tanta gente a su alrededor. Además lo prefiere así. Fuma, cierto, pero la prohibición, que ahora mismo cierne sus oscuras alas también sobre España, le parece fantástica. Soy algo así como un fumador antitabaco. Durante la cena hablamos de Schwarzenegger, puesto que en 2006 BEE se mudó a Los Ángeles. (Qué quieres, a mí me gusta, lo hace bien.) Hablamos de Los Ángeles. (Ahora mismo es el lugar donde hay que estar en Estados Unidos, mucho mejor que Nueva York. Los Ángeles va hacia delante, está viva. Nueva York es más *old school*, un lugar para ricos y turistas, una ciudad que respeta el Imperio.) Hablamos del estudio de cuarenta metros cuadrados donde vivía en Nueva York y que ahora alquila por cinco mil dólares al mes. (Cuando volví después de cuatro años quise pasar a visitarlo, no podía creerlo, estaba convencido de que después de tanto tiempo me asaltarían un montón de buenos

recuerdos y todo lo que pensé al ver aquel agujero es, pero qué puta mierda es esto.) Hablamos de Obama. (La cosa no funciona. Puso el listón de la esperanza demasiado alto. La gente empieza a ver que no era más que un abogado sin experiencia, guapo, negro, elocuente, pero sin ninguna experiencia. A ver si me entiendes, claro que lo prefiero a Bush, pero de momento no está a la altura de la marca en que se reconoce.) Hablamos del Festival América de Vincennes al que ha asistido en Francia. (Los Escritores no me gustan [no se refiere a sus colegas yanquis, sino a los Escritores], son horribles, no vayáis nunca a un lugar como ése [curioso consejo dirigido a un par de editores].) Hablamos de la huelga general que está prevista para este miércoles. (Eva ha alargado un día su estancia en Madrid para no tener problemas con los vuelos; le explicamos por encima los motivos de la huelga.) Claudio le recuerda la entrevista telefónica que le hizo Rodrigo Fresán. (¿Quién eres tú? ¿Por qué me llamas? ¿Quién te ha dado este número? Aunque luego todo fue bien, ha salido publicada en el *ABCD*). Y así toda la velada.



BEE no deja de hablar y de hablar. De hacer preguntas. De gesticular. Se gusta y se siente cómodo. Bebemos vino blanco. Confiesa que le divierte anunciar que ésta es su última novela, que después de ésta no va a escribir ninguna otra novela. Es divertido, ¿no te parece? Crea expectativas... De postre pide una segunda copa de champán. Nos despedimos hasta mañana. Claudio y Eva se hospedan en el Hotel de las Letras, en Gran Vía. Miguel en casa de sus padres, que viven en Madrid. Yo en el Hostal Colors, en Fuencarral, justo al lado de donde vivía mi colega José Ochando antes de tener

la feliz idea de largarse a no sé qué pueblo cercano a Madrid en plan Voy al Campo Abandonaré la Ciudad. Cuatro o cinco meses le han bastado para darse cuenta de que aquélla no era una buena idea y, por el camino, yo me he quedado sin casa en la que dormir en Madrid. Así que me hospedo a cinco minutos del Hotel de las Letras, en un lugar donde con la llave te dan un pequeño *tupperware* que contiene el mando de la tele y el del climatizador frío/calor. Estoy siguiendo los pasos de un tío cuyo último libro ha salido en casi todo el mundo con la silueta de una cabeza con cuernos en la portada y me dan la habitación número 13. Me duermo con el programa de ciencia ficción de Iker Jiménez en la tele.

ESTOY ENGANCHADO A ESTE JUEGO

08:00. Me doy una ducha y desayuno un café con leche y un cruasán en la cafetería-cervecería Gran Vía 26, en Gran Vía con Fuencarral, enfrente de un quiosco. A las nueve estoy en la puerta del Hotel de las Letras. Llamo por teléfono a Eva y vamos al Villa Magna. Nos abren la puerta al entrar. A las 09:20 baja BEE. No ha desayunado pero no tenemos tiempo. Una decena larga de fotógrafos lo esperan. Así que Eva los acompaña a buscar un sitio con luz suficiente. La gente del hotel había previsto un lugar apartado en el salón del hotel, junto a un piano de cola y un biombo de aire oriental con motivos dorados sobre fondo negro. Eva dice que es horrible. Los fotógrafos opinan que no hay luz. A BEE todo le sigue pareciendo bien. Repite vestuario aunque esta vez en lugar del abrigo lleva una americana.

El ejército de la prensa gráfica no tarda más de quince minutos en hacerle dos o tres mil fotos. Luego se van. Para las entrevistas hay prevista una sala de reuniones en el primer piso. Nos acompaña una joven extremadamente solícita. En el ascensor, BEE enciende el iPad que lleva consigo y busca un juego: Angry Birds. Le da al *play*. Estoy enganchado a este juego, dice. No puedo dejar de jugar,



dice. Y me explica cómo funciona. Tienes que lanzar a tu pájaro enfadado con un tirachinas deslizándolo sobre la pantalla táctil. Sueltas y el pájaro enfadado sale por los aires. De izquierda a derecha en busca de su objetivo. La idea es matar a unos cerdos de color verde que hay escondidos en una especie de fortaleza hecha de madera y de piedra. ¿Cuántos pájaros puedes disparar cada vez? Depende del nivel.

Entramos en The Tejo Room. Hay una amplia mesa de reuniones con capacidad para seis ejecutivos con un servicio de mesa per cápita compuesto por una elegante libreta Villa Magna de diez hojas de alto gramaje tamaño folio, una cajita negra Villa Magna de metal a rebosar de pastillas de menta (muchas más de las que te salen en las cajitas azules Trident de plástico que venden en los quioscos) y un elegante bolígrafo Villa Magna junto a una copa de cristal y una botella de agua Cabreiroá. Cuatro sillones al fondo, junto a un gran ventanal, alrededor de una mesita de café. Dos armarios empotrados y una mesita con una cafetera Nespresso, tres recipientes con cápsulas monodosis de ristretto, roma y descafeinado, leche, sobrecillos con infusiones, agua caliente y pasteles. BEE, que no ha desayunado, ataca los pasteles y pregunta qué tengo que hacer. Eva lo tiene todo medido al segundo: 09:45-10:15 EFE, 10:15- 10:45 *Europa Press*, 10:45-11:15 *El Periódico* y *La voz de Galicia*, 11:15-11:45 *El Mundo*, 11:45-12:00 respirar, 12:00-12:30 *La Vanguardia* y *Clarín*, 12:30-13:00 *Público*, 13:00-13:30 *La Razón*, 13:30-14:00 *El País*, 14:30 comer en el restaurante del hotel, 16:30-17:00 *MondoSonoro*, 17:00-17:30 *ABC*, 17:30-18:00 *Ámbito Cultural*, 18:00-18:10 fotos

para *Esquire*, ya que el fotógrafo no ha podido venir por la mañana. Y eso no es todo, mañana sigue el mismo plan: 10:30-11:00 *Neo2*, 11:00-11:30 *Letras Libres* y *La Nación*, 11:30-12:00 *El Dominical*, 12:00-12:30 *La Gaceta*, 12:30-13:00 *Go Mag* y *Esquire*, 13:00-14:00 TV3, 14:00-14:30 *ADN*, 16:15-16:45 *XL Semanal*, 17:00-18:00 encuentro digital con los lectores del *ABC*, 19:00 conversación pública con Ray Loriga. BEE no ha dejado que Eva termine. Tampoco quiere ver los folios con el programa impreso que Eva trata de entregarle: Me refería a dónde quieres que me siente y qué quieres que haga. Charlar con la gente que ha venido especialmente desde las redacciones de sus periódicos para preguntarte por *Suites imperiales*, responde Eva. Se sienta en el sillón de la derecha con un café y unos pasteles. La primera en llegar es Isabel, que hará de intérprete. Ella se coloca en uno de los dos sillones que hay en el centro, de espaldas al ventanal, para estar cerca de BEE y no perderse palabra. Eva va y viene, entra y sale organizando la ronda. Yo me siento a la mesa, en un comodísimo sillón de ejecutivo, a dos o tres metros de BEE e Isabel, con la cámara de fotos y la libreta. Y empieza el espectáculo: entra la primera periodista.

BEE dice que lo que quería era escribir una novela romántica sobre qué sería de Clay después de veinticinco años, pero que luego todo le empezó a ir mal. Yo escribo sobre mí. De modo que mi proyecto cambió. La vida interfiere en la literatura. Nunca escribo si estoy feliz. Como ya ensayó ayer por la noche, despliega un efectivo abanico gestual con el que acompaña sus respuestas. Modula el tono de la voz. Dosifica los silencios. Sube y baja el volumen dibujando el énfasis de la respuesta. A causa del desastre de la película, entre 2006 y 2009 pasé los años más oscuros de mi vida. Se refiere a *Los confidentes*, una película basada en su libro de relatos homónimo (originalmente, *The Informers*), dirigida por Gregor Jordan, con la participación de Winona Ryder, Billy Bob Thornton, Mickey Rourke y Kim Basinger y, en principio, escrita y producida por BEE, aunque finalmente se desentendió del proyecto. Por lo menos hasta donde le fue posible. No salió

bien. Es mala. Mi mejor amigo me traicionó. Lo personal y lo profesional estaban muy mezclados. De pronto todo empezó a ir mal. Y la novela romántica se transformó en *Suites imperiales*.

Las correcciones, de Franzen, es la mejor novela de mi generación. El título hace referencia a la incapacidad de mi generación para afrontar la ficción. Se trata de la actualización al siglo XXI de la gran novela del XX.

Me gusta leer en el iPad. No me gusta el Kindle.

¿Mi autor español preferido? Se queda pensando. Roberto Bolaño... Roberto Bolaño ha sido mi autor preferido durante los dos últimos años. Se gira y me pregunta si puede decir eso. Bolaño no es español, es chileno, pero sí, supongo que puedes decirlo.

Hicieron *American Psycho II*. Ni siquiera me avisaron. Es peor todavía que la primera. Pero no puedo decir nada, ni siquiera me importa. Vendí a los personajes. La peli fue directamente a DVD. Cuando vendí los derechos para la película que hicieron sobre *Menos que cero* (en España, así de juguetones somos, la tradujeron por *Golpe al sueño americano*), los vendí también para una posible segunda parte. Así funciona esto. Y ahora resulta que soy yo quien ha escrito la segunda parte de aquella novela. Cuando le dije a mi agente que iba a hacerlo trató de disuadirme. No vamos a ver ni un duro de la peli.

TODO MI DOLOR

Hay algo que todos los periodistas quieren saber. Normalmente se lo preguntan al principio. Se trata del origen de *Suites imperiales*. La respuesta se irá convirtiendo en un mantra: Cuando escribí *Lunar Park*, cuyo narrador es Bret Easton Ellis, decidí leer sus libros. Así es como regresé a *Menos que cero* y, entonces, me pregunté qué habría sido de Clay, dónde estaría, qué andaría haciendo. Descubrí que era guionista en Hollywood.

Me llega un SMS: «robert abre me no puedo abrir la puerta». Resulta que hace falta una tarjeta para abrir la puerta de The Tejo Room, como sucede con el resto de las habitaciones del hotel. Eva se la ha dejado aquí dentro. Mi posición en The Tejo Room es muy cómoda. Aquí estoy, escribiendo tranquilamente, sin tener que hacer nada concreto, sin ninguna obligación aparte de entregar este texto en un par de días. BEE come algún que otro pastel. Responde con pasión y dramatismo. Sabe que de él también se espera ese énfasis. Sentado en el borde del sillón, se inclina sobre la mesa. Parece dispuesto a abalanzarse sobre el periodista. Isabel traduce. Pienso en lo complicado que debe de ser decir una cosa correctamente cuando tu cabeza ya anda ocupada traduciendo otra. El caso es que BEE no se ve obligado a detenerse mientras habla. No interrumpe su discurso y puede seguir dándole esa cadencia un tanto espectacular que tanto está demostrando que le gusta. Arrastrando a veces las palabras. Creando, como decía anoche con aquello de la Última Novela, cierta expectativa. Da una respuesta, muerde un pastel y añade: Dijo, mordiendo un pastel... No se ha quitado la americana. Las mangas de su sudadera con capucha sobresalen más de un palmo por debajo de la americana cubriéndole parte de



las manos. Le arranca una sonrisa a cada periodista estableciendo una especie de complicidad. Se los mete en el bolsillo. Aunque muchos de ellos, que se confiesan fans de su obra, ya venían seducidos de casa.

Sabe que es una estrella y trabaja desde esa posición. Ahora se arrellana en el sillón. Vuelve a hablar más pausado. Ahora se apoya en el costado derecho. Vuelve a gesticular. Está muy pendiente de cada periodista. Lo observa atentamente. Si cree que algo se le escapa, le pide a Isabel que se lo traduzca de nuevo. Si cree que es él quien no lo ha entendido bien, le pide que se lo vuelva a repetir. Una montaña rusa. Eva consulta su *blackberry*, lleva la cuenta, mira el reloj, prepara la próxima entrevista, sale, vuelve a entrar, se sirve agua, tacha algo en el programa.

No me considero un provocador. Sé que me he convertido en una marca. Pero no fui yo. Me sorprende que mis libros se consideren provocativos. A la gente que trata de provocar se la ve de lejos. Mis libros hablan de mí. No calculo su efecto. Me interesa el lado oscuro pero no para provocar. Simplemente, es lo que encaja en la forma que necesito para cuadrar vida y literatura.

¿Mi generación? ¿Qué es eso? No soy un escritor generacional. Tenía dieciséis años cuando empecé a escribir *Menos que cero*. Pensaba que no se publicaría, aunque sí publicarían la siguiente novela. Pero no aquélla. Aquélla era un ejercicio, mezcla de diario íntimo con material novelesco. Sólo un ejercicio. Mis profesores la publicaron. No salieron más que cinco mil copias. Sin publicidad, sin nada. Nunca esperé que fuesen a leerla tantos millones de personas. Quizá unos cientos, pensaba entonces.

Cuando escribo me siento mejor. Mientras escribía esta última novela tomaba tequila. Ahí dentro metí todo mi dolor.

A nivel de lector, mi relación con la literatura ha cambiado. Impaciencia. Ésa es la palabra. Antes podía perder mucho tiempo con novelas que no me fascinaban. Ahora me duran tres páginas. Antes sabía que allí dentro podía aprender cosas, sabía que aunque no dis-

frutase tanto como me gustaría, iba a sacar algo en limpio. Te hablo de cuando sólo existían las novelas, los periódicos, las películas. Internet ha cambiado todo eso.

En *Menos que cero*, Clay no quería nada. La novela no tenía argumento por ese motivo. En *Suites imperiales* sí busca algo, está centrado, lo quiere todo. Pero los narcisistas no suelen conseguir nada porque conseguir algo para ellos pasa por conseguir todo. Y eso es imposible. No acabo de entender lo que he dicho, me dice con media sonrisa. Pero suena profundo, ¿no crees?

No es lo que acaban de preguntarle, pero ahora empieza a reflexionar sobre su gira de promoción. Es duro, pero le encanta. Lo meten en un avión tras otro, en un hotel tras otro. Lo someten a un horario. La gente le sonríe. Ahora, por ejemplo, en esta sala, todos están aquí por mí, le dice al periodista: la traductora, la jefa de prensa, el reportero que me sigue, tú mismo. Y acompaña la vacilada alzando los brazos como un director de orquesta. Entra gente y vuelve a sonreírme. Es fantástico. En ocasiones también es estresante. O aburrido. Depende. Muchas veces me encuentro solo. Me llegan *flashes* de terror que me dicen que tendré que volver a mi vida, a mi vida de verdad. Dejar esta batería de aeropuertos, hoteles y librerías. Tú me has preguntado por el contexto social de mi novela, por su contexto político, por los problemas de inmigración, le dice al periodista, volviendo al tema que éste le había propuesto como hace siempre que empieza a responder con una *boutade* a una pregunta que preferiría no responder. Y mi respuesta es ésa. Lo que me sucede en una gira promocional. De eso van mis novelas. De mí. Si quieres, Clay soy yo. Antes solía decir que no, que Clay representa esto o aquello, el lado oscuro. Pero ahora veo que no es cierto. Que hay algo de Clay en mí.

Por mi parte, yo me siento un poco como un vampiro. Como esos programas de *zapping* a los que siempre se les recrimina: «Vosotros hacéis vuestro programa con el trabajo de los otros». Pues bien, eso es lo que estoy haciendo yo. Escribir mi reportaje a partir

de las preguntas de mis compañeros. Sin la prisa y la urgencia del horario, del programa. Escogiendo entre las respuestas que más me interesan. Escribiendo, aquí, tranquilamente, incluso sobre esto, sobre cómo me siento un vampiro, sin que nadie me haga rendir cuentas, sin que Eva me avise de que sólo me quedan cinco minutos de entrevista, digiriendo las opiniones de BEE a través de cada nueva repetición. Ahora, por ejemplo, BEE insiste en el dolor. Ahí tenemos un concepto clave, una respuesta que aparece y vuelve a aparecer con cada nueva entrevista: Mi padre me pegaba. A mí y a mi madre. Quizá ésa sea una pista. ¿Por qué escribo sobre el dolor? Puede que por eso... aunque no, sería demasiado fácil. Simplemente lo veo así y lo escribo.

CUANDO ESTUVE EN AUSTRALIA

Mi intérprete en Francia no quería traducir los tacos. Yo de vez en cuando utilizaba uno y él se volvía hacia mí con cara de incrédulo. Y no, no los traducía, por más que se lo pedí. Isabel sí lo está haciendo, cada palabra.

Odia hablar como un sociólogo. Ridiculiza preguntas que le han hecho muchas veces. Imposta la voz. Los americanos no quieren envejecer, no obstante, Clay lo ha hecho. ¿Cómo es la sociedad norteamericana, señor Ellis? ¿Qué quieres que te diga?, trata él de escabullirse. Y empieza a hablar de las playas de Australia como antes de su gira promocional. Aunque como hace siempre, vuelve a la pregunta y lo intenta. Es algo que en realidad no me importa. Uno envejece y ya está, eso es todo. Entiendo tu pregunta. Me parece interesante. Pero no tengo interés en responderla. No soy sociólogo. No quiero ser la voz de América. Es cierto que durante un tiempo he jugado a hacerlo, con veinte años me lo creí. Era tan divertido ser la voz de mi generación. Por lo menos fue divertido durante un año. Luego me di cuenta de que no era así. Hice algo parecido con *Amer-*

ican Psycho. Dije que estaba escribiendo sobre América, sobre Wall Street, pero por otros motivos, como un mecanismo de autodefensa. La gente atacó el libro salvajemente. Imagínate, en esa situación yo no podía responder que aquella novela hablaba de mí. Ahora ya no lo hago. Ya no pontifico. No sé lo que sucede en América. Me interesa más el concepto de imperio. Ayer por la noche, durante la cena, cuando salió el tema de Obama, ya nos habló sobre su teoría del imperio. Dijo que había estado coqueteando con la idea de crear un blog llamado ImperialismPostimperialism.com. Que al final la abandonó porque vio que supondría un trabajo que en realidad no le apetecía asumir. Pero que compró el dominio. A grandes rasgos, pues es eso lo que nos contó, sólo los rasgos más generales, su teoría consiste en que Estados Unidos se halla en un momento de sociedad posimperial. El imperio habría comenzado en 1945, con el final de la Segunda Guerra Mundial, y había iniciado su decadencia el 11 de septiembre de 2001, con el ataque a las Torres Gemelas. A partir de ahí vendría un periodo de transición que finalizaría en el momento en que Obama gana las elecciones. He ahí el momento fundacional del posimperio. Y, de nuevo, sin más, vuelve a la gira promocional. Si tuviese la pasta suficiente, me traería un entrenador personal y un estilista para salir guapo en las fotos. Pero claro, si tuviese todo ese dinero supongo que no haría giras de promoción para vender libros.

La novela es como un guion. El cine está presente en todo el libro, no sólo en su tema.

Entra la periodista Emma Rodríguez, de *El Mundo*, y le pide el primer autógrafo desde que está en España. A BEE le encanta. Ya era hora, dice. En Francia fue muy diferente, dice.

Con *Lunar Park* exorcicé todos mis demonios. Hice las paces con la memoria de mi padre. Estaba convencido de que mi siguiente libro iba a ser una historia feliz, un romance. Ya ves que no ha sido así.

Se harta de los pastelitos. Pide alguna otra cosa, algo que no sea dulce. No he desayunado. Tengo hambre. Normalmente no lo hago. Para encarar una de estas jornadas de entrevistas lo mejor es tomar

un buen desayuno, un desayuno abundante que te permita tener la mente clara y energía suficiente.

Antonio J. Morato establece un paralelismo con las Variaciones Goldberg de Bach por Glenn Gould. Entre la grabación de 1955 y la de 1981 pasan unos veinticinco años, los mismos que entre *Menos que cero* y *Suites imperiales*. Dice que la estructura de *Suites imperiales* es más clara, con reiteraciones, repeticiones de lugares. Que Glenn Gould aseguraba que su segunda grabación era más global e incluía la primera. Y usted, ¿escribió *Suites imperiales* con *Menos que cero* encima de la mesa, tratando de englobarla? Sí. Y explica cómo y por qué como ya ha hecho antes en otra entrevista. Restándole trascendencia. Buscando argumentos pragmáticos. Clay habría regresado a esos mismos lugares.

Se pilla a sí mismo en un *lapsus linguae*. Ha dicho que el libro está «escrito» por un romántico torturado (BEE, el autor), cuando en realidad quería decir «contado» por un romántico torturado (Clay, el narrador). ¿O quería decir precisamente lo que dijo?



Son las 12:30 y acaba de llegar el servicio de habitaciones a The Tejo Room. Jamón serrano, queso y pan sobre una camarera cubierta por un largo mantel blanco que casi llega al suelo. Toca un breve descanso que aprovecha para sacar su iPad y jugar un par de partidas con sus pájaros enfadados. Hay una pantalla que se le resiste. La estructura de madera y piedra bajo la que se esconden los cerdos verdes parece inexpugnable. Lanza un pájaro enfadado y falla. Lanza otro pájaro enfadado y falla. En esta pantalla siempre falla. Los cerdos verdes parecen estar muy tranquilos ahí abajo, escondidos.

Quizá por eso ahora retrocede. Va un par de pantallas atrás, un par de niveles menos. Ahí el pájaro que lanzas es distinto, está enfadado, cierto, pero de otra forma, con otros colores. Y, sobre todo, es mucho más efectivo. En este nivel sí se maneja bien. Ahí los cerdos verdes lo tienen más negro. No parecen tan tranquilos. Dispara su pájaro enfadado y ¡bang! Un cerdo verde menos. Pruebo yo y nada. Piedra. Cero. Vuelvo a probar y nada. Aire. Cero. La trayectoria del pájaro la estableces dependiendo del ángulo con que lanzas el tirachinas. También puedes hacer cálculos con la fuerza que le imprimas al disparo, estirando más o menos la goma del tirachinas en función de si quieres atacar la fortaleza de los cerdos verdes por delante o por detrás. Entra Paula Corroto, de *Público*. Yo me voy a mi sillón de cuero en la mesa con capacidad para seis ejecutivos.

¿Qué tal Obama? Cuando estuve en Australia... hay que ver qué playas. Otra vez la finta evasiva ante una pregunta a la que, supuestamente, le gustaría no responder. Y, de nuevo, tras la *boutade* —que aquí en The Tejo Room ya se ha convertido en una recurrencia llena de significado que logra que cada nuevo periodista no entienda qué está sucediendo—, de nuevo primero la broma y a continuación entra al trapo. Todo el mundo estaba fascinado por la Narrativa Obama. No es extraño que Hollywood lo apoyase. Lo que se estaba vendiendo era una película, un hombre joven, negro, guapo, simpático y todo lo que ya nos contó anoche en la cena sobre el abogado sin experiencia. En cuanto a mí, continúa, no me siento decepcionado porque nunca confié en él. Entiéndeme, no estoy en su contra. Me gusta. Quizá es cierto, no sabría decirte, puede que lo prefiera a otros. Pero es que ha sucedido lo que estaba claro que iba a suceder. Sólo está decepcionando a quienes llenó de ilusión y optimismo. Y yo nunca estuve entre ellos.

Yo soy el lector. Cuando escribo no me importan los otros lectores. Cuando escribo tampoco me importan los otros escritores.

Cuando le hacen la pregunta sobre la última frase de *Suites imperiales*, otro de los *hits* que se repite en muchas de las entrevistas,

BEE responde muy bien, has tardado veinte minutos, hay quien me hace esa pregunta al principio o casi al principio, pero tú te has contenido, has sabido aguantar. Eso está muy bien. Entonces se saca el móvil y lo pone en modo cronómetro. A partir de ahora lo cronometraremos y haremos un concurso.

Otra pregunta que suele aparecer en las entrevistas atañe a las nuevas tecnologías. Sobre todo en relación al teléfono móvil y a los SMS que Clay va recibiendo a lo largo de toda la novela. Realismo, responde él. Nada más que eso. Las nuevas tecnologías no han modificado la literatura, nos han modificado a nosotros. Y la literatura habla de nosotros. El *New York Times* en papel lo leo en quince minutos. Si leo la versión virtual, me paso tres horas. Pero el que cambia soy yo. Yo soy quien quiere seguir todos esos *links* uno tras otro hasta perder de vista el propio periódico.

Cambio de periodista. Sale uno y entra otro. BEE pone el cronómetro en marcha para ver cuánto tarda en aparecer la pregunta sobre la última frase. Aunque trate de disfrazarlo de juego cachondo y hastiado, lo hace con orgullo. Ayer por la noche, cuando hablaba de cómo había escrito la novela, aseguró que antes de empezar tenía resuelto el drama emocional. Tenía la primera y la última frases. Es evidente que está leyendo esta insistencia por parte de los periodistas como un aval a su trabajo, pues escribió esa frase como uno de los elementos medulares de la novela. Y así parece que está funcionando. Aunque van pasando los minutos y esta vez parece que no sale el tema. Le preguntan, en cambio, por su generación. Cuando estuve en Australia, empieza a responder... pero nada sobre la última frase, tictac, tictac...

NO HICE CASO

El siguiente periodista toma notas con pluma. De nuevo el crono en marcha.

Puede que la interpretación que de mis libros hacen los lectores sea más interesante. Seguramente es incluso más legítima. Pero nada tiene que ver con mis intenciones a la hora de escribirlo.

No se siente cómodo con las preguntas demasiado generales, demasiado teóricas. Preguntas que aparecen una y otra vez con cada nueva entrevista. Preguntas, por ejemplo, sobre la relación en sus libros entre realidad y ficción. No obstante, puede reconstruir *in extenso* qué mecanismos utilizó en tal novela para construir al narrador. A un personaje concreto. En cuáles de las fiestas que aparecen en *Suites imperiales* estuvo él presente en carne y huesos. En cuáles no.

Ha escrito usted la segunda parte de *Menos que cero*. ¿Escribirá la segunda parte de *American Psycho*? Cuando estuve en Australia...

La novela ha perdido poder. En parte a manos de Internet. Ahora la competencia es brutal. Hoy *American Psycho* no despertaría tanta polémica. La gente seguirá interesada en el relato de largo recorrido, no creo que eso vaya a cambiar con la tecnología. Lo que sucede es que estos relatos de largo recorrido ya no son competencia exclusiva del novelista, ni siquiera en el plano de la lectura. Los culebrones del mundo del corazón, por ejemplo, cumplen una función muy parecida. Hoy en día puedes seguir los pasos casi al minuto de gente como Paris Hilton a través de su propia página web y de muchas otras que se interesan por ella.

Freedom, de Franzen, es la mejor novela de los últimos veinte años. Que es algo parecido a lo que decía en un tuit hace una semana: *Reading: Cockpit (Kosinski) and Freedom (Franzen), the best American novel I've read since The Corrections. I remember when he hated me.*

Otro periodista. De nuevo el crono en marcha. Por primera vez esta mañana, la periodista habla directamente con BEE sin necesidad de traducción. Se produce un leve cambio de ritmo. Con la traducción simultánea, BEE no necesitaba detenerse porque Isabel lo seguía pegada a su discurso con gran rapidez. Sí se veía impelido a gritar un poco, en cierto modo para imponerse sobre la segunda

voz, pero sobre todo para que Isabel no tuviese problemas a la hora de escuchar sus palabras. Por no mencionar lo extraño que hay en la simple presencia de una voz que repite en otra lengua lo que vas diciendo y que dobla tu discurso. Ahora, hablando con una sola voz, BEE parece más calmado, menos estridente, más constante en una dramaturgia con no tantos efectos.

¿Cuál es el límite entre la realidad y la ficción? ¿De verdad es eso interesante?

Sobre el tuit que escribió con motivo de la muerte de Salinger (*Yeah!! Thank God he's finally dead. I've been waiting for this day for-fucking-ever. Party tonight!!!*) argumenta que si uno escribe un tuit es porque no quiere dar explicaciones. Quiere escribir unos cuantos caracteres y ya está. Cuenta que la familia de Salinger se puso en contacto con él. Él dice que fue irónico. Que su novela le gusta mucho. Que eso lo sabe todo el mundo.

Pausa para comer. Esta vez en el restaurante del hotel. BEE, Eva, Isabel y yo. El menú incluye un bufé libre con bogavante pelado y troceado, salmón ahumado, makis, ostras, platos en miniatura del tamaño de un cenicero pequeño, varias ensaladas y luego tres o cuatro platos principales a elegir. Uno de ellos es lenguado. Otro, lentejas con *foie*. BBE se ha pasado la mañana respondiendo a todo tipo de preguntas sobre *Suites imperiales* y su obra en general, pero no se cansa. Imagino que es lógico. Qué interés podría tener que nosotros tres nos pusiésemos a hablar de nuestras vidas pedestres. Así que durante la comida también marca él el ritmo y nos cuenta cómo su editorial inglesa compró el libro por adelantado, haciendo un gran desembolso que quedó desfasado en el momento de su aparición. Y cómo optaron por huir hacia delante. Por invertir todavía más dinero en la campaña de promoción en una operación de futuro destinada a construir la imagen corporativa de la editorial. También habla del desastre de la película. De cómo, tras desentenderse del proyecto, y en virtud de una serie de contratos que había firmado, se vio obligado a presentarse en Sundance. Se vio obligado a morderse

la lengua en una serie de entrevistas para ciertos medios. Se vio obligado a asistir al discurso ramplón del director en el reestreno en Los Ángeles pensando sólo en salir de allí e ir a emborracharse para olvidarlo todo. Y a continuación da cuenta del último trozo de lenguado con las manos. De postre, panacota y tarta de frambuesa. No pide postre. Tomamos café en la terraza del hotel, justo frente al Tse Yang. A las cuatro se retira a su habitación a descansar unos minutos. ¿A qué hora tengo que bajar? Eva responde que a las cuatro y media, en la sala de antes.

Y así es, a las cuatro y media en punto oímos a los pájaros enfadados acercarse por el pasillo. El audio del videojuego precede su entrada en escena. La función empieza con lo que se está convirtiendo en el primer *hit* de este elepé de entrevistas: ¿Cómo decidió escribir una segunda parte de *Menos que cero*? Tictac, tictac...



En The Tejo Room todo vuelve a estar en su sitio. Como si nunca hubiésemos pasado allí la mañana. Los cuencos con cápsulas monodosis de café Nespresso llenos a rebosar, seis libretas Villa Magna por estrenar, seis cajitas negras Villa Magna con pastillas de menta, más bolígrafos Villa Magna, copas nuevas y otras seis botellas de agua Cabreiroá.

La película sobre *Menos que cero* no se parece en nada a la novela. *American Psycho* no tiene mucho sentido. Responde a algunas preguntas a las que no debería responder. *Las reglas del juego* sí es una buena película, la única. Parte de la novela también se pierde, pero eso es inevitable. La cuestión es que la peli traduce al lenguaje visual una serie de recursos que están presentes en la novela en lenguaje literario.

No me considero un novelista profesional. No siento la necesidad de publicar un libro al año. No voy a festivales.

Cuando mi profesor se empeñó en publicar *Menos que cero* quiso cambiarle el título. Me propuso estos dos: *Números negativos* y *Vacaciones de invierno*. También me dijo que eso de añadirle «Easton» a mi nombre era muy pretencioso. No hice caso. Yo creo que sin cualquiera de las dos cosas, el título y el Easton, mi carrera no hubiese despegado tan rápido.

En *Suites imperiales* hago un pastiche con Chandler, del mismo modo que en *Lunar Park* lo hice con Stephen King. Decidí que quería ser escritor una noche a las tres de la mañana, leyendo a Hemingway. Tenía unos catorce años. Aquel año escribí una novela sobre un verano muy interesante que había vivido.

Escribo en ordenador. Luego imprimo. Corrijo a mano. Introduzco los cambios. Vuelvo a imprimir. De nuevo corrijo a mano.

¿QUÉ SIGNIFICA LA BELLEZA PARA NUESTRA CIVILIZACIÓN?

La jornada de hoy termina en la terraza del hotel con una sesión de fotos para *Esquire*, que no ha podido venir por la mañana. Alguien dice que Bruce Willis ha llegado al hotel. Yo no lo he visto. Estamos completamente rodeados de hombres de negocios. Uno de ellos abre la cartera para pagar, parece que acabe de ganar al Monopoly, lleva un taco de billetes de unos dos centímetros. Otro habla por teléfono tapándose la boca con la mano libre, como hace Mourinho cuando se dirige a sus técnicos durante un partido. A las siete de la tarde nos despedimos hasta mañana, no sin antes conseguirle al señor Ellis los datos nuevos para su conexión de Internet (usuario: SHS2/2110735; contraseña: thge). Le pregunto si quiere salir por ahí a tomar una copa y me dice que no, que mañana tiene trabajo. Eva volverá más tarde para llevarlo a cenar con uno de sus editores en Latinoamérica. Yo me voy a dar una vuelta, por hoy es suficiente.

Me levanto a las 09:00, me doy una ducha y desayuno un café con leche y un cruasán en la cafetería-cervecería Gran Vía 26, en Gran Vía con Fuencarral, enfrente de un quiosco. A las diez menos cuarto estoy en la puerta del Hotel de las Letras, llamo por teléfono a Eva y vamos al Villa Magna. Así que ya estamos en The Tejo Room y le hacen la primera pregunta, una de esas que tanto le gustan al señor Ellis: ¿Qué significa la belleza para nuestra civilización? La respuesta de BEE comienza con uno de sus habituales rodeos aptos para preguntas profundas.

Esta mañana ha requerido los servicios de la lavandería del hotel. Diez euros por prenda. Dos calcetines cuentan como una prenda. Unos calzoncillos cuentan como una prenda. Total catorce prendas. Dice, orgulloso, que lo ha pagado él de su bolsillo. No le gusta que sus editores tengan que encargarse de su ropa sucia. Luego he desayunado. Ayer no lo hice pero hoy he desayunado en mi habitación. Hemos venido yo y mi catarro español. Al parecer debió de pegármelo ayer alguno de tus compañeros, le dice al periodista. Me he sentado en este sillón para empezar con mi ronda de entrevistas. Te he conocido a ti. Y vas tú y ¿qué me preguntas? Me preguntas qué significa la belleza en nuestra civilización. ¿Estoy en el colegio? No. ¿Eres mi profesor? No. ¿Me he preparado la lección? No. Pero, no obstante, ésa y no otra es tu pregunta. La primera de la mañana. Para empezar bien el día. Todo para acabar respondiendo con esfuerzo y gentileza, como ya hizo ayer cada vez.

NUNCA ME HA GUSTADO NADIE Y ME DA MIEDO LA GENTE

Hoy jueves, 28 de septiembre, tercer día de singladura, junto con el iPad de los pájaros enfadados se ha traído un paquete de caramelos Halls. Va vestido como ayer, vaqueros azules, otra sudadera con capucha, las mismas Reebok y unos calcetines como de rejilla que no acierto a comprender. Al inicio de la segunda entrevista se lleva a la

boca el cuarto caramelo Halls. Uno diría que lo toma a modo de medicina. Temo que así sea.

Le dice a Diego Salazar para *Letras Libres*: lo más parecido a mi auténtica prosa está en *Lunar Park*. *Suites imperiales* es un regreso al minimalismo.

Ha seguido con el juego del cronómetro. Cada vez que entra un nuevo periodista me enseña el móvil para que vea que no hace trampas. Y con uno de los siguientes periodistas, ya tenemos a un ganador. 2 minutos 48 segundos. De momento, el primer tiempo.

¿Conociste a mucha *fake people* cuando te convertiste en una estrella del rocanrol? No, cuando me convertí en *fake people* conocí a muchas estrellas del rocanrol.

En *American Psycho* retrataste a los yupis de la era Reagan. ¿Cómo son los yupis de la era Obama? Soy un representante de la literatura americana... la voz de mi generación... ayer un compañero tuyo me llamó el nuevo Hemingway... he escrito un libro y lo estoy presentando... debería estar preparado para estas preguntas, lo sé, soy consciente... pero no, lo siento, no sé cómo son los yupis de la era Obama. Y luego, claro, la respuesta, seguida del sexto caramelo.

Le preguntan por Chuck Palahniuk. Dice que una vez cenó con él, pero nada más. Se vuelve hacia mí y me dice: fue otro diálogo de besugos, aludiendo a no recuerdo qué diálogo de besugos que nos contó hace dos noches, en la cena con su editor. Lo que sí recuerdo es cómo definió entonces diálogo de besugos: la reunión de dos estúpidos. Cuando se dispone a contar más cosas sobre Palahniuk y sobre cómo dicen que es su heredero, tengo que salir de The Tejo Room porque mi móvil ha empezado a vibrar. Es el director de la revista. Dice que una de las terribles fotos que le estoy haciendo a BEE tiene que ir en portada pero que la viraremos a sepia para que parezca antigua porque es el aniversario de *Quimera* y la primera portada de la revista era de color sepia y quiere hacer un juego con eso. Yo le recuerdo que el trato consistía en tomar fotos malas por-

que no sé hacer fotos buenas, pero que meteríamos muchas, cuarenta o cincuenta, en pequeñito, desenfocadas, a baja resolución, para que quede más guarro. Que ése era el trato. Que no tengo ninguna foto apta para ir en portada ni creo que pueda tomar ninguna en las dos o tres horas que me quedan en Madrid. La cuestión es que cuando vuelvo a entrar ya me he perdido lo que piensa de Palahniuk, pero en una entrevista que publicó hace poco Rodrigo Fresán lo trataba con un respeto cortés y con cierta distancia. Con cálculo.



Cada vez que entra alguien a quien conozco y nos saludamos, BEE dice: los periodistas españoles sois una mafia.

En esta gira he tratado de ser auténtico. Antes me vestía de escritor y simulaba tener respuestas para preguntas que en realidad no conocía. Ahora no. Aunque me doy cuenta de que la gente prefiere al otro. Prefiere a Bret Easton Ellis que a Bret Ellis. Hace cinco años, por ejemplo, la gente pensaría que si hoy tengo la nariz congestionada es porque anoche me estuve metiendo coca. Y yo los dejaría que lo pensasen, los induciría a hacerlo. Pero no, estoy resfriado, nada más.

Le digo que si no vino a dar una vuelta por Madrid es porque no quiso.

Odio a Hank Moody. Es un imbécil.

Lo que en realidad me preocupa es lo que me ha sucedido esta mañana con mi ropa interior, no los espejos metaficcionesales de la escritura.

La última entrevista a la que asisto se la hacen Antonio J. Rodrí-

guez para *Go Mag* y Carlos Dávalos para *Esquire*. Me despido del señor Ellis mientras la gente de TV3 prepara el set de rodaje. Se acabó mi estancia en Madrid. No nos hemos hecho amigos ni nada por el estilo. Tampoco he penetrado sus más oscuros secretos para contároslos a vosotros. No hemos salido a drogarnos ni a buscar actrices que se mueran por salir en una película ni a matar gente por Madrid. Una lástima. Pero ha estado bien. Parece un buen tipo. Quizá sea porque esta vez ha venido Bret Ellis y no el otro, el vándalo Mr. Easton. En esta ocasión sólo se han enfadado los pájaros de su videojuego. No ha habido altibajos. Según tengo entendido, tampoco ha destrozado la *suite* tras una noche de fiesta desenfadada como correspondería a su condición de estrella del rocanrol. Una lástima. Le deseo que logre superar ese nivel que se le resiste. Que acabe con esos malditos cerdos verdes. Se lo tienen merecido. Antonio me acompaña al metro. Le pregunto si esta tarde irá a lo de Ray Loriga y me dice que sí. Le pregunto si le importaría mandarme diez líneas para meterlas en el *report* y me dice que no. Éstas son las diez líneas que me mandará mañana:

Digamos que si en Lunar Park sus libros se convertían en tema del libro, parece que, durante la promoción, el propio tema de la promoción se ha convertido en su tema favorito (acorde con su lema «yo escribo sobre mi persona y mi dolor»). El momento más memorable de la presentación fue aquél en que Loriga intenta conversar con él sobre su libro y Ellis, con su habitual sudadera con capucha y sus estiramientos en público, se decide a levantarle a Loriga la camisa de manga corta. Ray pregunta, en inglés, tal vez un poco molesto: «¿Qué cojones estás haciendo?». Y Ellis, sonriente, travieso, etc.: «I wanted to see your tattoo!». Luego Loriga le pregunta algo así como cuántas voces son necesarias para contar la historia de alguien y Ellis, no sabemos muy bien cómo, consigue llevar el diálogo a su terreno y empieza a hablar de los temas de siempre durante la promoción, esto es, «¡el servicio de lavandería del hotel me ha cobrado diez euros por prenda interior y tenía catorce!» (algo que hoy ha repetido en

la entrevista digital de El Mundo). Otras intervenciones supuestamente divertidas fueron las bromas sobre los periodistas gabachos y las negativas de él a teorizar demasiado sobre sus libros. Como cuando alguien le preguntó por qué en todos sus libros aparece el enunciado «desaparezca aquí». Él responde «¿y si te digo que no lo sé, que es algo que simplemente me gusta?», pero de buenas, claro. Por supuesto, el diálogo Loriga-Ellis fue algo más bien ficticio. Tras la presentación de Ray, Ellis se puso a hablar de lo que le apetecía y Loriga hacía algún comentario de vez en cuando. Imagino que todo esto está en la línea de lo que viste durante dos días...



Cambio de línea y me bajo en la estación de Atocha. Al final yo también le he pedido que me firme el libro. *Menos que cero*, edición veinticinco aniversario. Por cierto, ésta es la última frase de *Suites imperiales*: «Nunca me ha gustado nadie y me da miedo la gente». Ésta es la última frase de *Menos que cero*: «Después de que me hubiera ido».